

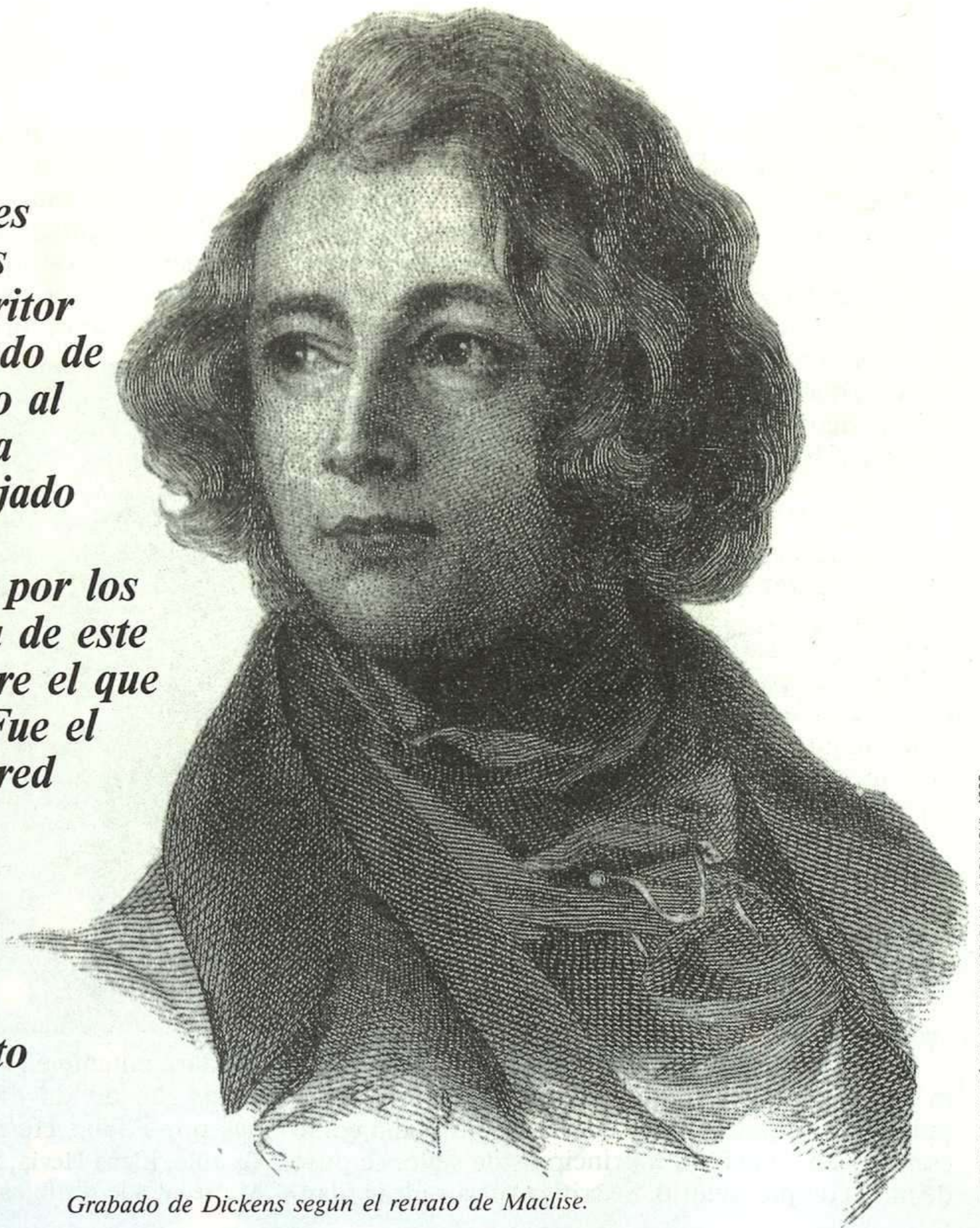


CHARLES DICKENS

Dickens: poeta y agitador

por Pollux Hernández*

A sus 31 años, Charles John Huffam Dickens (1812-1870) era el escritor más famoso y apreciado de Inglaterra. Su ascenso al olimpo de la literatura victoriana queda reflejado en este artículo, un estimulante recorrido por los claroscuros de la vida de este escritor universal sobre el que Stefan Zweig dijo: «Fue el primero que tejió en red poética los hilos de la vida diaria de la más antipoética de las naciones». Humor y patetismo, risa y llanto se nos descubren como las claves de su obra.



Grabado de Dickens según el retrato de Maclise.

8

CLIJ66



Casa de la familia Dickens en Londres, en el barrio popular de Camden Town.



John Dickens, padre del escritor.

A principios del siglo XIX, la hegemonía del mundo se disputa entre Inglaterra y Francia. Bajo el estandarte de la revolución, Napoleón levanta ejércitos, invade países y se hace

con buena parte de Europa. Inglaterra, a pesar de la reciente pérdida de los Estados Unidos, prosigue sus conquistas lejos del continente y afianza su poder en las cuatro partes del globo. En 1805, la Armada inglesa bajo

Nelson destroza a la hispano-francesa en Trafalgar y se convierte en el poderosísimo

instrumento que dictará la ley en el mar y hará realidad el Imperio Británico a lo largo del siglo. Una red de bases navales situadas en lugares estratégicos asegura el buen funcionamiento de la flota. En la metrópoli, la base más importante, por sus características naturales y por las mejoras añadidas, era, y sigue siendo, Portsmouth, en la cos-

ta sur, frente a la isla de Wight.

Fue en Portsmouth donde, la tarde del 6 de febrero de 1812, uno de los numerosos empleados de la base naval, con destino en la oficina de pagos de la Armada, se empeñó en llevar al baile a su mujer, a pesar del avanzado estado de su embarazo. Al día siguiente, ayudada quizá por los ajetreos del baile, la buena señora dio al mundo a un niño que llegaría a ser el novelista más grande de la lengua inglesa: Charles Dickens.

Si este detalle prebiográfico no deja nunca de citarse cuando se trata de la vida y andanzas de Dickens, es quizá por lo bien que ilustra y resume el despreocupado y alegre temperamento de su padre, el sumiso carácter de su madre y el ajetreado destino del hijo.

Cuando Dickens viene al mundo, más de la mitad de la riqueza que produce su país, sangrado por las guerras napoleónicas, se destina a pagar la deuda nacional, y muere cuando la economía inglesa es la más floreciente y saneada del planeta. Este período de creciente prosperidad nacional, debido tanto a los logros de la revo-



Madre de Dickens, Elizabeth, retratada por John W. Gilbert.

CHARLES DICKENS



Dickens y su padre daban largos paseos por el campo en Chatham y Rochester.

lución industrial como a las ganancias que aportan las guerras de conquista, es similar al de la propia vida del escritor, que empieza bastante mal y que, gracias a su industria y talento, va enderezándose y afianzándose, para llegar al final de sus días rico, respetado y aclamado en todo el mundo anglosajón.

Tiempos difíciles

Cuando Charles tenía 2 años, la familia abandonó Portsmouth para trasladarse a Londres y, poco después, a Chatham, puerto militar aguas abajo del Támesis, donde el niño viviría los mejores años de su infancia. Allí, su madre, que era algo instruida, le enseñó a leer y a escribir, frecuentó la escuela de un clérigo baptista y, devorador de todo lo impreso que caía en sus manos, se familiarizó con los grandes clásicos de la reducida biblioteca de su padre, como *Robinson Crusoe*, *Tom Jones*, *Don Quijote* y *Las mil y una noches*. «Siempre que recuerdo aquello —escribiría después— se me viene a la memoria la imagen

de una tarde de verano en la que, mientras los demás muchachos jugaban en el cementerio, yo estaba sentado en la cama, leyendo como si en ello me fuera la vida.» Le fue la vida en ello, pues estas lecturas le marcaron indeleblemente, como lo revela cada una de sus obras.

Sin embargo, los buenos años de Chatham se acabaron pronto y el horizonte empezó a ensombrecerse para el muchacho. Su madre, que tuvo otros seis hijos, no podía dedicarse exclusivamente a él, enfermizo e introvertido, y su padre, que no sabía administrarse y gastaba más de lo que ganaba, acabó dando con sus huesos en una cárcel de insolventes, establecimiento típico de aquella edad en la que la constante aceleración de la economía del país producía grandes desajustes en la del individuo, sobre todo si el tal individuo, como el padre de nuestro autor, era un consumado manirroto.

La madre se trasladó con sus hijos a una vivienda mucho menos acogedora, en Londres, cuando Charles tenía 11 años, y allí vio cómo poco a poco los bienes familiares (muebles,

loza, libros) fueron desapareciendo en la casa de empeño, y él hubo de ponerse a trabajar por escapar de la miseria.

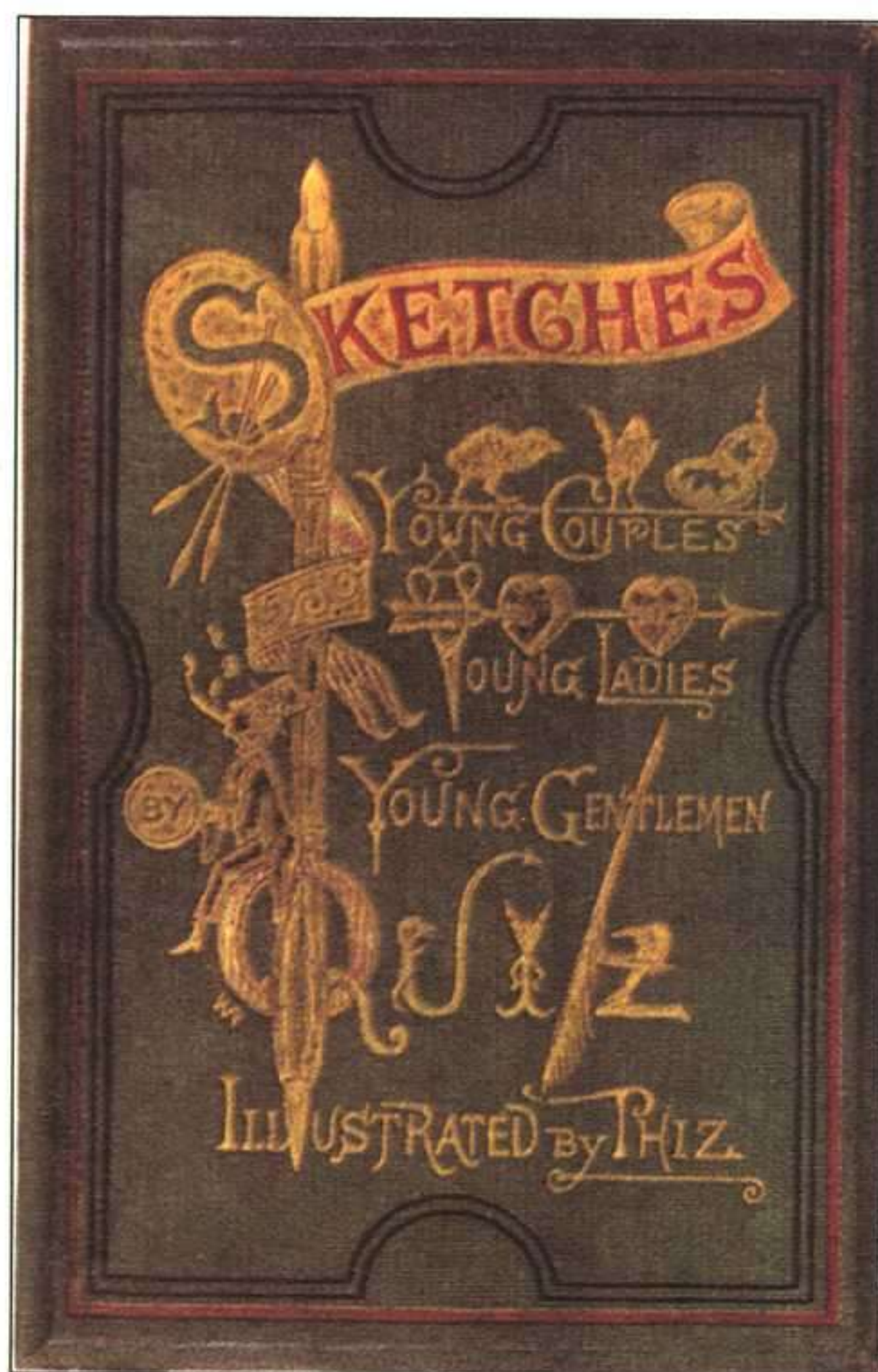
En aquellos años de la revolución industrial, el trabajo, o más bien la explotación infantil, era cosa corriente. Los niños, incluso menores de 10 años, pasaban doce y hasta catorce horas diarias haciendo todo tipo de trabajos duros y peligrosos, fuera en fábricas o incluso en las minas. Dickens, por seis chelines, pasaba la semana en una fábrica de betún, desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde, tapando y etiquetando botes y sufriendo vergüenza y humillaciones. Sus compañeros le llamaban *el señorito*, mote que, por lo irónico, no podía ser sino cruel.

En un fragmento de autobiografía escrito veinte años después diría:

«No tengo palabras para expresar la oculta agonía que experimentó mi alma al hundirme entre aquella gente, al comparar a aquellos compañeros que tenía que ver cada día con los de mis años felices en Chatham, al sentir cómo se me partía el pecho viendo frustrarse mis tempranas esperanzas de



Dickens a los 18 años.



Cubierta de una edición que contenía algunos sketches de Dickens y otros de Edward Calsall.

llegar a ser un hombre erudito y distinguido. No puedo describir la vergüenza que sentía en aquella situación. Tan profundas eran la angustia y la humillación, que incluso hoy, famoso, mimado y feliz, me olvido a veces de que soy un hombre y, presa de la desolación, dejo a la imaginación vagabundear por aquella época de mi vida.»

Es importante señalar esta experiencia temprana en la vida de Dickens, pues le marcó para el resto de sus días, y no sólo vital sino, sobre todo, profesionalmente.

Su sueldo no bastaba para tantas bocas y finalmente toda la familia hubo de ir a reunirse con el padre en la cárcel, cosa que podía hacerse en aquella época. Sólo quedó fuera la hermana mayor, que era becaria de la Real Academia de Música, pero pronto Charles encontró alojamiento fuera de la cárcel y sólo iba a ella, de visita, los domingos. Esta experiencia de niño pobre, explotado, libre por los barrios bajos de Londres, es otra de las cosas que le marcaron profundamente y que aflora constantemente en su obra, sobre todo en *Oliver Twist*.

Buscando vocación

Afortunadamente para la familia Dickens, la abuela paterna murió y la herencia les permitió abandonar la cárcel. Por mediación de su hermano, pudo el padre encontrar trabajo como reportero de los debates del Parlamento. Su esposa, desconfiando quizá de ver unos ingresos regulares, quería que Charles siguiera en la fábrica de betún, pero su padre, que a pesar de todo tenía su honrilla de clase, se enfadó con el dueño porque el trabajo

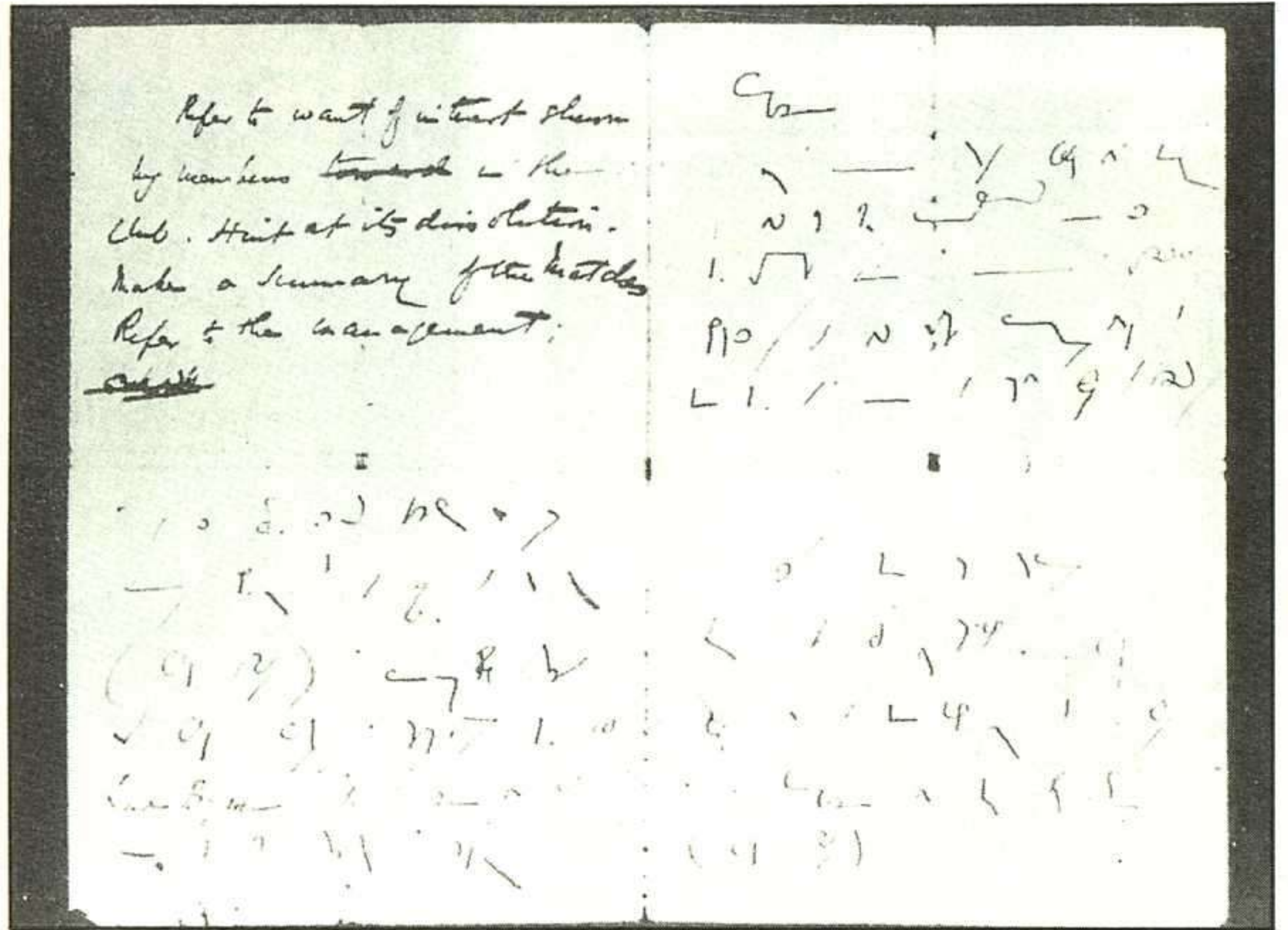


Algunos objetos pertenecientes al escritor.

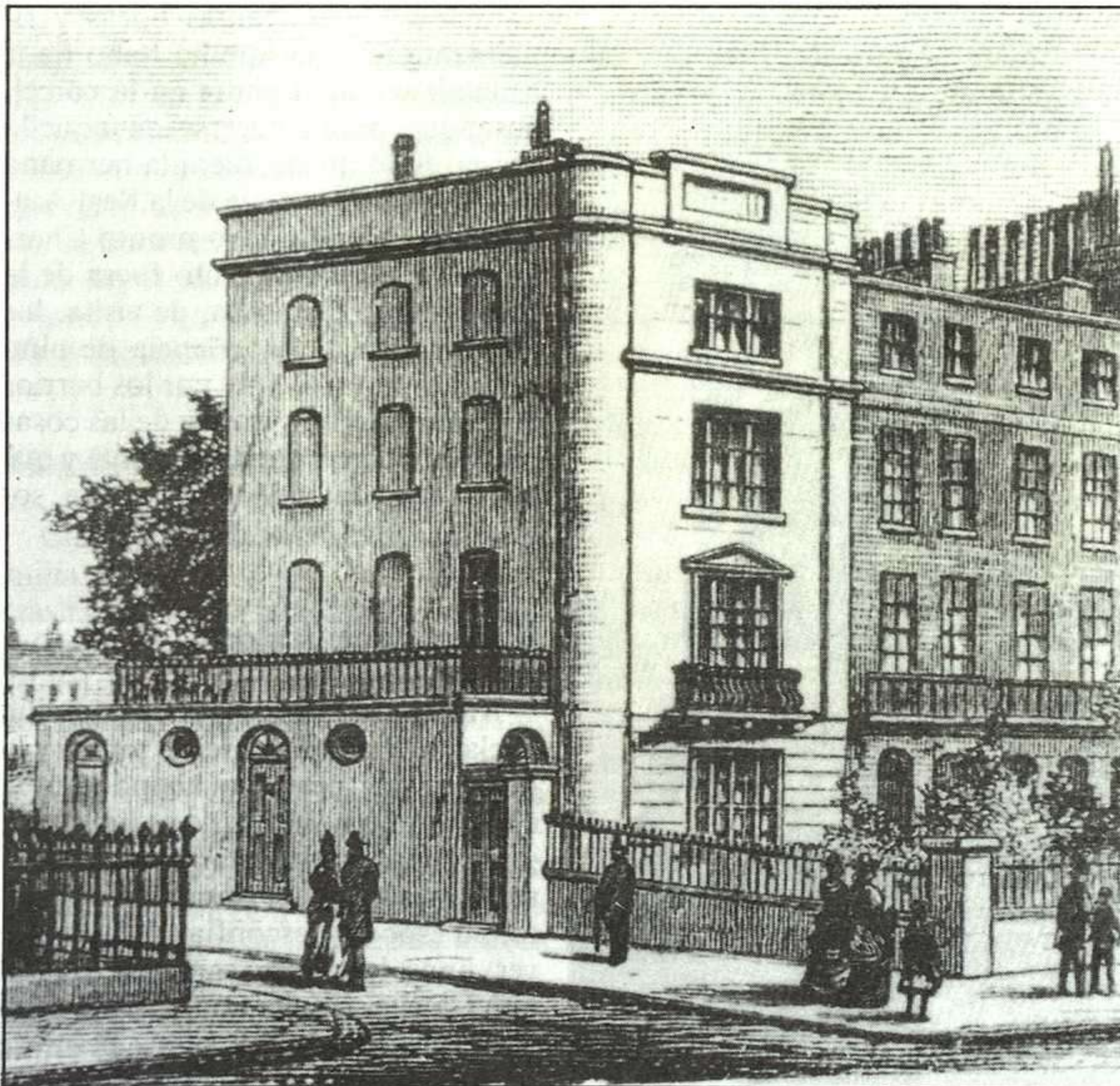
CHARLES DICKENS

se hacía ante una ventana que daba a la calle, a la vista de los transeúntes, y retiró a su hijo de aquel trabajo indigno. Así fue como el futuro escritor pudo volver a la escuela. Nunca perdonaría a su madre que hubiera tratado de condenarlo a aquel trabajo indeseable, en el que la única satisfacción que halló fue la amistad que trabó con un muchacho mayor que él, que le ayudaba y protegía.

Dos años largos permaneció Dickens en la mediocre academia de Wellington House, donde estudió, entre otras cosas, inglés, latín y matemáticas, ganó varios premios escolares, escribió e interpretó con éxito obras de teatro para sus compañeros y, sobre todo, jugó y disfrutó de estar en la escuela. Así describiría después sus travesuras con los ratones blancos que



Muestra de la perfecta taquigrafía de Dickens.



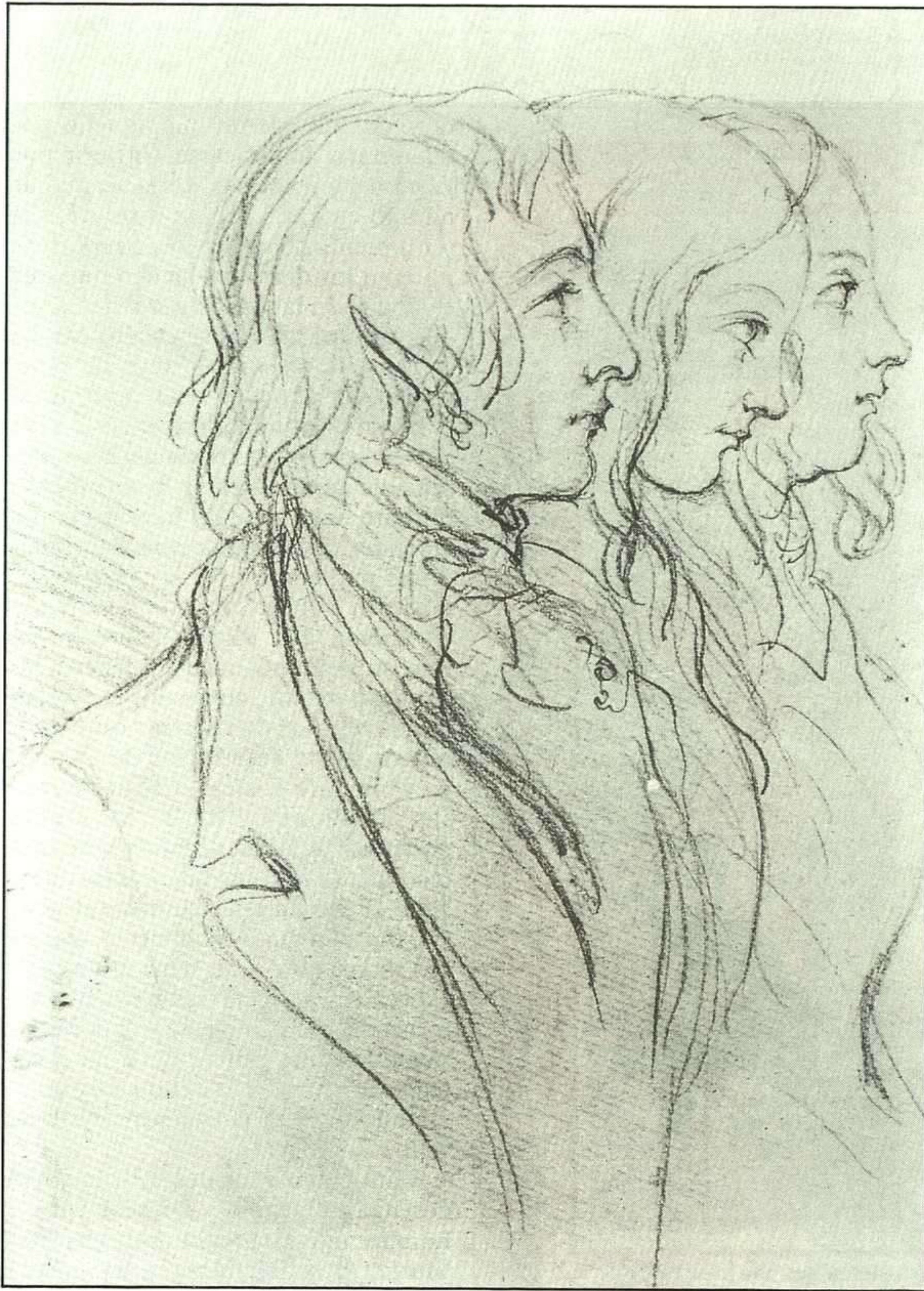
Wellington House Academy, donde Dickens entró a estudiar en 1842.

guardaban en los pupitres él y sus compañeros:

«Instruíamos a los ratones mucho mejor que los profesores a nosotros. Recuerdo un ratón blanco que tenía su morada tras la tapa de un diccionario de latín y que subía escaleras, tiraba de cuadrigas romanas, llevaba mosquetes al hombro y hasta representaba el papel de perro en una escenificación. Habría llegado lejos si no hubiera tenido la mala fortuna de errar el camino en un desfile triunfal hacia el Capitolio y caerse en un tintero, donde se bañó de negro y se ahogó.»

Todo esto parece indicar que estos años adolescentes no fueron infelices para el muchacho, aunque no hay que olvidar la temible vara del odiado director de la escuela, inmortalizado años después en el Crackle de *David Copperfield*.

A los 15 años, Charles salió de la escuela y entró de ayudante de un abogado, luego de otro y luego aprendió taquigrafía de su padre, lo cual le permitió dedicarse a transcribir las sesiones en los tribunales de justicia. Los tres años que pasó en este trabajo, escuchando a jueces, abogados y



Dickens, Catherine y Mary Hogarth.

criminales, le proporcionaron conocimientos más que suficientes sobre el mundo forense, cuyos aspectos macabros, insólitos y sanguinarios tan bien refleja en sus obras.

Por esta época descubrió lo que creía ser la vocación de su vida: el teatro. Ya de niño había escrito tragedias para representar en casa, y queda dicho que en la escuela se había distinguido como autor e intérprete de va-

rias obras. Ahora, ya adulto, al tener que elegir su porvenir, tomó lecciones de un actor, se preparó concienzudamente, aprendió multitud de papeles (acudía con frecuencia a la biblioteca del Museo Británico) y fue admitido para pasar una prueba en el teatro de Covent Garden. Desgraciadamente cayó enfermo, se le pasó la fecha y, cuando de nuevo pudo presentarse un año después, ya tenía un trabajo fijo

en un periódico como taquígrafo en el Parlamento. Pero volvería al teatro en su madurez, pues su carácter abierto, expansivo, muy alegre y algo exhibicionista le llevaba hacia ello.

El Parlamento que Dickens conoció era mucho menos representativo de lo que suelen serlo ahora estas instituciones. Baste decir que, precisamente en este período suyo de reportero parlamentario, el primer ministro, Wellington, cayó por oponerse a reformar el sistema electoral y que, cuando por fin se reformó y se amplió el censo en 1832, siguieron estando excluidos del derecho a voto los artesanos y obreros (y naturalmente todas las mujeres).

En los debates del Parlamento, demostró Dickens ser un excelente taquígrafo. Se cuenta a este respecto que en una ocasión en que el ministro Stanley pronunció un discurso excepcionalmente largo y que hubieron de tomar varios taquígrafos, el Ministro sólo reconoció como suyo la primera parte y la última, que es lo que había tomado Dickens, por lo que lo mandó llamar y le felicitó cordialmente por la exactitud de su trabajo. También en el Parlamento, viéndolos actuar y mentir, se convenció Dickens de que los políticos eran todos unos payasos y charlatanes, como afirma reiteradamente en sus escritos. Y además, en el Parlamento, y esto era lo más importante, ganaba un sueldo que le permitía sentirse lejos de la miseria, vestirse con una cierta elegancia y frecuentar amigos de la burguesía media, con los que asistía a fiestas y reuniones.

Grandes esperanzas

A través de uno de estos amigos conoció Dickens, en 1829, a la hermosa María, hija de un banquero, de la que se enamoró locamente. Considerando su situación e incierto porvenir, los padres de la muchacha no veían con buenos ojos que ella le correspondie-

CHARLES DICKENS



Versión sentimental de Paul y Florence Dombey, utilizada en un calendario de 1912.

ra y, cuando vieron que aquello podía durar y complicarse, cortaron por lo sano y enviaron a María a estudiar un año en París. Cuando volvió, sus sentimientos hacia el joven reportero no eran los mismos y acabó dándole calabazas. Habían pasado tres años de ansiedad, de cartas románticas, de versos ardorosos, tres años de esperanzas que ahora se veían frustradas.

Esta nueva humillación en la vida de Dickens, hombre de carácter tan sensible y vehemente, lo atormentó durante largo tiempo, pues no podía entender que el amor más apasionado no pudiera romper las barreras de posición y clase, sobre todo teniendo en cuenta que intelectualmente era muy superior a la media y físicamente bien parecido, como nos lo revelan varios retratos de artistas contemporáneos y esta descripción de su amigo y biógrafo Foster: «Era de hermosas facciones. Tenía la frente poderosa, la nariz decidida y de amplias aletas, los ojos fulgurantes de talento y rebosantes de humor y alegría, y la boca un tanto prominente, con vivos indicios de gran sensibilidad. La cabeza era perfectamente simétrica y torneada, y el semblante y el porte extremadamente gallardos. Tenía el cabello de un color castaño vivo y muy abundante, y el rostro desprovisto de vello».

Veinticinco años después de aquel desencanto, cuando Dickens era el hombre más conocido de Inglaterra, María, describiéndose a sí misma «desdentada, gorda, vieja y fea», se atrevió a escribirle y él, recordándola con ternura, le confesó que su pensamiento en ella fue lo que le había espoleado a triunfar.

El triunfo de Dickens se anunció pronto, a los 21 años, cuando aparecieron en el *Monthly Magazine* una serie de esbozos costumbristas, que en seguida llamaron la atención por el fino humor y la agudeza de las descripciones. Otros periódicos empezaron a reproducirlos, entre ellos el *Morning Chronicle*, del que era repor-



Tras el éxito de *Pickwick*, la imagen de Dickens se utilizó en todo tipo de anuncios y objetos, como en este punto para libros.

tero, sin pagarle ni un penique en ningún caso. Cuando otro periódico de la misma empresa, el *Evening Chronicle*, deseó hacer lo mismo, Boz, como Dickens firmaba entonces, pidió al director un aumento de sueldo (de cinco a siete guineas: siete libras y tres cuartos) y lo obtuvo.

A partir de entonces, Dickens empieza a vivir de la literatura. Y no sólo él. Un año después pudo sacar a su padre de la cárcel de insolventes, donde había vuelto a ser internado, mientras que el resto de la familia vivía a expensas suyas. Por quitárselos de encima, acabó alquilando una casa de campo y allí los instaló a todos para que le dejaran en paz en Londres. Su padre, sin embargo, siguió dando guerra, pues, a medida que su hijo se hacía más famoso, le daban a él más crédito y a unos vendía manuscritos suyos y prometía a otros obras todavía no escritas a cambio de dinero, de modo que Dickens se vio obligado a publicar un anuncio en los periódicos, declarando que no se hacía responsable de las deudas de su padre.

Andando el tiempo, Dickens pediría también a su editor la mano de la mayor de sus tres hijas y también la obtuvo. En 1836, es decir a sus 24 años, se publicaron los esbozos recopilados en un volumen, y se casó con Kate Hogarth, de la que nunca estuvo enamorado. En realidad, se casó con las tres hermanas. La segunda, Mary, de 16 años, fue a vivir con ellos y Dickens se encariñó tanto con ella que, cuando seis meses después murió, se le partió el corazón y durante mucho tiempo no pudo hacer nada sino pensar en aquel «ángel» que luego describiría en *La tienda de antigüedades* bajo el nombre de Nell. La tercera, Georgina, entró en su casa cinco años después y en ella permaneció incluso cuando su propia esposa Kate lo abandonó, tras haber dado a Charles diez hijos, en veinte años de infeliz matrimonio.

La separación se debió, sin duda, a una joven actriz, veintisiete años

CHARLES DICKENS



Isla de Jacob, donde empezó la epidemia de cólera de 1849, mencionada en *Oliver Twist*.

más joven que el escritor, Ellen Ternan, de la que se había enamorado. Dickens se creyó obligado a explicar el escándalo y publicó en su periódico las razones de su separación, criticando a su esposa. La actriz, que nunca le había hecho mucho caso, desapareció finalmente, y él se quedó con su cuñada Georgina, que según decía había sido una madre para sus hijos. También estuvo Dickens enamorado un tiempo de la reina Victoria, cuando ésta se casó en 1840 con el príncipe alemán Albert, pero esto no parece que ni él mismo se lo tomara en serio.

El triunfo

Si Dickens no fue afortunado en amor, quizá porque fuera incapaz de entender a las mujeres, empezando por su madre, no puede decirse que fuera desafortunado en la profesión que había elegido. Todo lo que producía se vendía bien. Pocos días después de la publicación del volumen de esbozos, recibió el encargo de ilustrar una serie de dibujos de Seymour so-

bre las imaginarias aventuras de los miembros de un club deportivo. Pronto se convirtió Seymour en ilustrador de los textos que Dickens escribía y que conocemos como *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, conjunto de relatos de carácter picaresco que en poco tiempo convirtió a su autor en el más popular del país. De la última entrega, en noviembre de 1837, se vendieron 40.000 ejemplares, y todo el mundo hablaba de sus personajes, repetía sus chistes e iba al teatro a ver las versiones que de las diferentes aventuras se escenificaban.

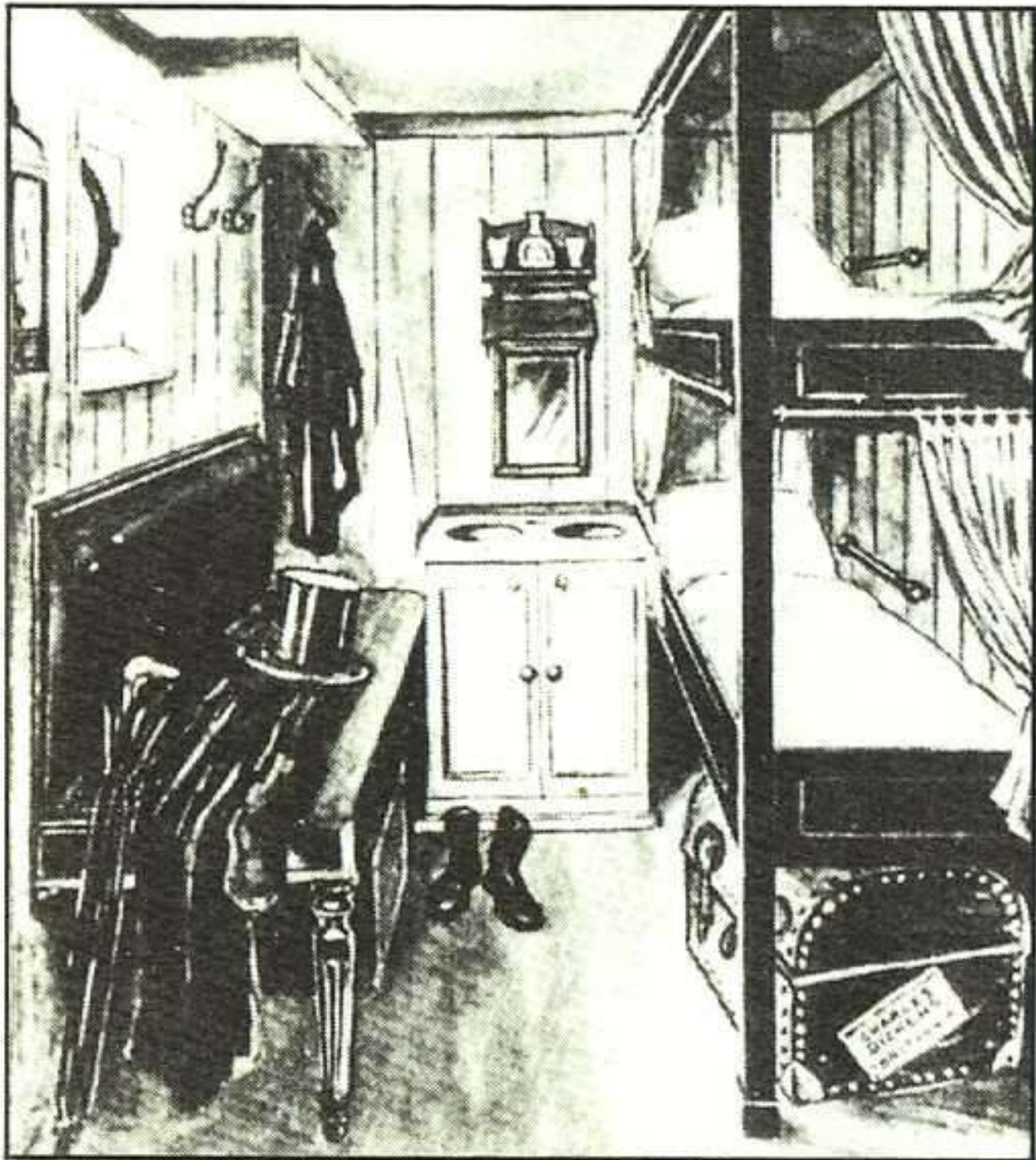
Sintiéndose seguro en cuanto probó el éxito, Dickens abandonó el *Morning Chronicle* para dirigir la revista *Bentley's Miscellany*, donde había empezado a publicar *Oliver Twist*, su verdadera primera novela. Retrata aquí la sociedad de su tiempo a través de las peripecias de un muchacho huérfano que cae en el mun-

do de la miseria y de los bajos fondos.

Hay que decir que la pobreza en la Inglaterra de la revolución industrial era un fenómeno omnipresente para una parte considerable de la población, y esto en un momento de crecimiento demográfico particularmente agudo (entre 1800 y 1850, la población de Gran Bretaña se dobló, pasando a 21 millones). Los pobres atestaban los establecimientos de beneficencia y engrosaban las legiones de vagabundos y rateros, por lo que los «filósofos» del Gobierno, como los llamaba Dickens, idearon la Ley de Pobres, que establecía la supresión de toda ayuda a los necesitados no enfermos y la creación para ellos de una especie de hospicios en los que el trabajo era obligatorio, la comida escasísima y la separación de maridos y mujeres total, con lo cual se mataban tres pá-



Retrato de Ellen Ternan, joven actriz de la que Dickens se enamoró.



Camarote de Dickens en el Britannia, vapor que le llevó a EE.UU.

jaros de un tiro: se mantenía a los pobres bajo control, trabajaban por poco y no se reproducían. Las críticas de Dickens a este sistema contribuyeron a modificarlo, y en 1842 se abolió la separación de maridos y mujeres.

Cabe decir que la intensidad de lectura del contemporáneo de Dickens era muy superior a la nuestra. Por un lado, la técnica de la novela por entregas en una sociedad sin otros medios de comunicación que la letra impresa permitía que durante meses e incluso años el tema siguiera vivo en salones, mentideros y tabernas, y que el último episodio se esperara con ansiedad y se discutiera con pasión. Por otro, sobre todo en el caso de Dickens, el público consideraba suyos unos personajes que pertenecían a su realidad cotidiana, de modo que se identificaba fácilmente con sus problemas y desventuras.

A partir de *Oliver*, la carrera de Dickens es un inagotable torrente de letra impresa, que no pierde intensidad hasta los últimos años de su vida. Primero escribe, o mejor dicho dicta, sobre los textos reunidos por otro, las

Memorias de Grimaldi, el famoso payaso de la época anterior, tarea bien pagada y fácil, en la que pone a contribución la pericia taquigráfica y buena disposición de colaborador de su padre. Luego, antes incluso de terminada la publicación de *Oliver*, en 1839, empieza la de *Nicholas Nickleby*, historia de un niño que sufre la brutal disciplina de una escuela, no poco común en tiempos del autor.

Las ventas de cada entrega aumentan y Dickens decide hacerlas semanales en vez de mensuales, a partir de su segunda obra, *La tienda de antigüedades* (1840-1841), seguida de *Barnaby Rudge*. Esta última, situada en el Londres de las revueltas antipapistas de 1780, no fue tan popular como el autor esperaba, pero la primera, que narra la persecución de una niña y su abuelo por media Inglaterra, mantuvo a todo el país en vilo de una entrega a otra. Muchos escribían al autor pidiéndole que no la matara al final, cosa que desoiría, y al puerto de Nueva York iban otros a preguntar a los pasajeros que llegaban cuál era la suerte de la muchacha.

¡América, América!

A Nueva York y a otras muchas ciudades americanas, por alejarse un poco de tanto trabajo, fue Dickens con su esposa en un viaje que ocupó la primera mitad de 1842. El recibimiento fue apoteósico por donde quiera que iban, pero él volvió decepcionado. Había ido creyen-

do que la nueva república sería algo mejor que el viejo sistema que conocía y criticaba, pero encontró una sociedad inculta y vulgar que sólo pensaba en dólares y mantenía la esclavitud en los Estados del Sur. «Su pasión por la libertad es tan grande, que no pueden impedir tomarse libertades con ella», escribiría en *Martin Chuzzlewit*. Y a su biógrafo le confió: «El golpe más duro que se asestará jamás a la libertad, el de no dar ejemplo al mundo, será este país quien se lo aseste».

En cuanto a los dólares, hablaba con conocimiento de causa, pues los editores americanos publicaban sus obras tal y como les llegaban de Inglaterra, pero no pagaban un centavo de derechos de autor por reproducirlas. Se quejó de esto en cada recepción que le ofrecieron, por lo que fue muy criticado en la prensa. Entre los



Caricatura de Dickens y varios personajes de sus novelas.

CHARLES DICKENS

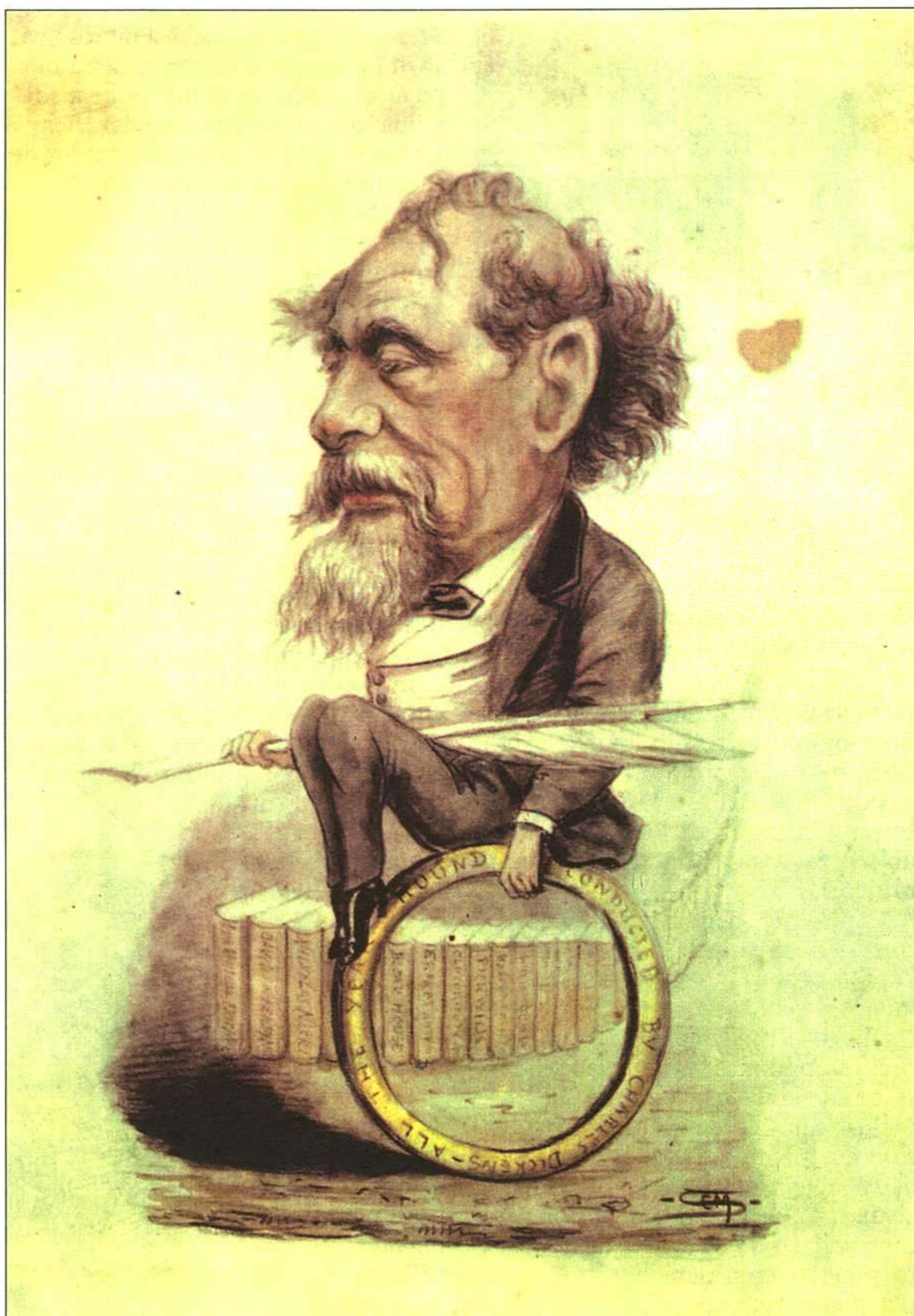
muchos que le estrecharon la mano en Filadelfia, hubo un joven desconocido que le regaló unos cuentos y que tres años después se haría famoso con el poema *El cuervo*. Era Edgar Allan Poe, que escribió este poema pensando en Grip, un cuervo que Dickens tenía en casa y que aparece en *Barnaby Rudge*.

De vuelta a su país escribió, para vengarse sin duda de los editores americanos, unas notas de viaje bastante caricaturescas y empezó a publicar *Martin Chuzzlewit*, donde incluye una cruda sátira de la sociedad norteamericana. Antes de terminarla, hacia finales de 1843, escribe en pocas semanas una obra que por sí sola le habría hecho famoso: *Canción de Navidad*, hermosa fábula contra la avaricia a partir del tradicional espíritu de fraternidad de la Navidad, que en la filosofía del autor debería prolongarse todo el resto del año.

Dickens no era avaricioso, pero sus editores sí, y siempre se estaba peleando con ellos porque veía que se estaban haciendo de oro a costa suya, de modo que esta obra, que intuía iba a venderse bien, la editó por cuenta propia. Se equivocó, pues la calidad de impresión era muy buena y el margen de beneficios bajo, y perdió dinero. Por tratar de recuperarlo llevó a los tribunales a un editor de periódico que, sin pedir permiso alguno, se había atrevido a publicar una versión abreviada. El periódico quebró y nuestro autor no sólo no recibió ninguna indemnización, sino que hubo de pagar las costas.

Huyendo

Sin embargo, el éxito de *Canción de Navidad* entre los lectores fue grande y, desde entonces hasta 1867, Dickens publicó cada diciembre un libro sobre y para Navidad, ninguno tan logrado ni conocido hoy, pero muchos igualmente populares en su tiempo, por ejemplo *Las campanas* (1845), cuyo



Caricatura de Dickens como editor de *All the Year Round*, revista semanal.

fuerte contenido social produjo escándalo y fue elogiado por Marx y Engels.

Esta última obra la escribió en Italia, adonde marchó a mediados de 1844 con toda la familia y servidum-

bre (trece personas en total) en un coche enorme tirado por cuatro caballos. Establecido en un palacio genovés, pasó un año en la península viajando, aprendiendo el idioma y practicando el mesmerismo sobre la

esposa de un banquero suizo que padecía una rara especie de paranoia. En 1846, se asentó en Lausana, para seguir viajando por Europa; y a finales de ese año, en París, donde conoció a Lamartine, Chateaubriand, Dumas, Hugo, Gautier, Sue y otros. Hacía visitas al Louvre, a la *morgue* y a los barrios bajos, y seguía escribiendo sin perder el contacto con Londres. A esta época europea pertenece *Dombey e hijo*, donde expone lo inhumano del capitalismo en la figura de un industrial que pierde familia y fortuna por el odio que genera el afán de lucro.

Entre sus estancias en el continente, tuvo tiempo Dickens de organizar en Londres una compañía de teatro de la que era empresario, director, actor y, en una palabra, factótum. Su primera obra, en 1845, fue un drama de Samuel Jonson que resultó ser un éxito. Tres años después, la compañía giraba por todas las grandes ciudades del país con *Las alegres comadres de*

Windsor, de Shakespeare, a cuyo estreno asistieron la Reina y el Príncipe consorte. Dickens llevaba dentro el duende del teatro y le gustaba gustar, como se infiere de esta declaración suya: «No hay nada en el mundo como ver al público levantarse hacia uno, un verdadero mar de caras alborozadas, una tormenta de aplausos». Añadamos que este placer era todo lo que deseaba a cambio de tantos trabajos como se tomaba, pues la recaudación se destinaba siempre a alguna obra benéfica.

En 1851 murió su padre, a quien a pesar de todo quería mucho, y a poco su última hija, de cinco meses. El dolor le invadió y se sumió en un estado que no le permitía actividad alguna. Ese mes no escribió la entrega de su novela y retrasó el estreno de la obra que su compañía iba a representar, aunque la aristocracia, incluida la familia real, iban a asistir a él. A pesar de las diferencias con su padre, lo admiraba y escribió esto de él:

«Mi padre ha sido el hombre más bondadoso y generoso del mundo. Todo cuanto recuerdo de su conducta es digno de alabanza. Jamás emprendió negocio que no fuera de manera diligente, concienzuda, exacta y honrada. Su laboriosidad ha sido incansable.»

Hombre...

Tras una etapa de obras de carácter social, y tal vez para descan-

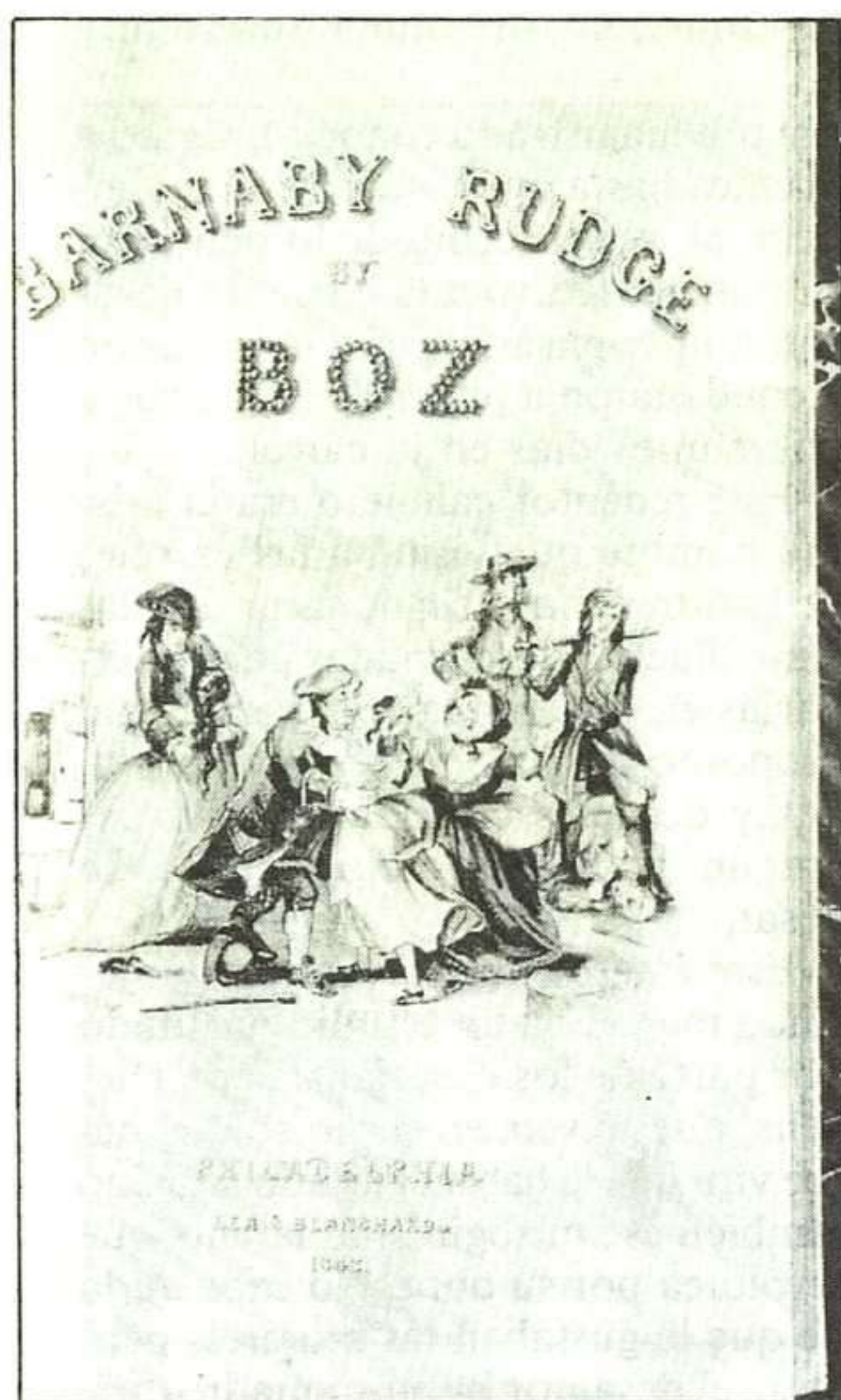


JOHN LEECH, CANÇÓ DE NADAL, BARCELONA: BARCANOVA, 1992.

sar de ellas, escribió Dickens una novela muy distinta, *David Copperfield* (1849-1850), donde narra las aventuras y desventuras de un muchacho, que en realidad fue él en su infancia y adolescencia. Para el autor era ésta su obra favorita, y así han debido de entenderlo los lectores, pues es la novela más leída de la literatura inglesa.

En ella pasa revista a todo tipo de personajes de la época, sus profesiones, aficiones, manías, defectos y virtudes, pero sin soslayar las instituciones, algunas loables, otras censurables por lo estúpidas e inhumanas. No obstante, lo más importante de esta obra es quizá su carácter autobiográfico, pues nos permite adentrarnos en el alma de aquel hombre que, tras la careta del desgraciado muchacho, observaba, analizaba y plasmaba a sus contemporáneos sintiendo, sufriendo y riendo con ellos.

Es aquí donde, con la inmediatez que procura el discurso en primera persona, nos cuenta quién era él:



CHARLES DICKENS



La Compañía teatral de Dickens, fotografiada en 1854.

«No habría conseguido nada de lo que he conseguido sin los hábitos de la puntualidad, el orden y la diligencia. Todo lo que he emprendido en la vida, fuera grande o pequeño, siempre me lo he tomado en serio. La regla por la que me he regido ha sido la de nunca acometer nada a lo que no pudiera entregarme totalmente y nunca despreciar mi trabajo, fuera el que fuera.»

Su biógrafo Foster y otros testimonios coetáneos confirman esta rectitud de espíritu de aquel hombre, cuya personalidad se forjó en el sufrimiento. Y añaden otros detalles: era Dickens vehemente en todo lo que emprendía, dándose de todo corazón al trabajo, a la amistad o al amor. Tenía una inmensa fuerza de voluntad, que le llevaba a no abandonar nada de lo que había comenzado. Era fiel, pero también influenciado y vanidoso. Consta que, tras haber sufrido muchísimo leyendo las malas críticas de su primera obra, nunca volvió a leer más

críticas, ni malas ni buenas, aunque también consta que luego preguntaba a los amigos si habían encontrado en ellas algo negativo. Era de temperamento bondadoso, alegre, afectuoso, sentimental, pero también excitable, maniático, autoritario hasta la intransigencia y extremadamente ordenado y puntual. Era, pues, un ser humano. Con altos y bajos.

Por eso puede entenderse que el hombre que era capaz de recorrer Inglaterra recaudando dinero para alguna obra benéfica fuera el mismo que nos descubre la siguiente anécdota: en el marco de los planes que los filósofos del Gobierno idearon para redimir mediante la educación a la población barriobajera, una ley estipulaba que se condenaría con multa o cárcel a quienes dijeran palabras malsonantes en público. Un día oyó Dickens a una muchacha que iba con unos chicos decir una sarta de tacos y, decidido a que se aplicara la ley (que, por cierto,

ningún magistrado conocía), siguió a la chica hasta que toparon con un policía, al que informó de lo ocurrido. El policía detuvo a la chica, la llevaron a la comisaría y allí la juzgaron y condenaron a pagar diez chelines o pasar unos días en la cárcel.

Este redentor callejero era el mismo hombre que visitaba las cárceles de Londres con el fin de sacar de ellas a muchachas descarriadas para internarlas en una fundación que con tal propósito dirigía, y hacer de ellas dignas y decentes ciudadanas. Dickens era un gran victoriano, muy a su pesar.

Este interés por salvar a la mujer caída merecería un estudio profundo por parte de los especialistas de Dickens, pues revela en él, no sólo el héroe viril que le habría gustado ser, sino también ese misoginismo latente que revolotea por su obra. No cabe duda de que le gustaban las mujeres, pero entre el desamor hacia su madre (que

por poco lo condena a tapar botes de betún toda la vida) y el desengaño con María, que hirió profundamente su orgullo de macho, se percibe en su carácter un cierto rencor, mezclado con admiración, hacia la mujer, ser proterico e insondable al que hay, si no que despreciar, elevar al nivel de persona.

Esto lo ilustra muy bien su primer encuentro con Ellen Ternan, la actriz de 18 años de quien se enamoró cuando él contaba 45. Fue en un teatro de Manchester, donde la pobre chica, transida por un terrible conflicto que agitaba su alma, gimoteaba amargamente: el papel que debía representar la obligaba a salir a escena ligera de ropa y, si se negaba a esto, le retiraban el papel. El redentor de mujeres indefensas le dijo que no se preocupara y la convenció de que lo mejor que podía hacer era aceptar el papel. ¿Simple fórmula estratégica para ver si podía conquistarla? ¿Era ella tan buena actriz que en realidad estaba fingiendo? Nunca lo sabremos. Lo

que sí sabemos es que a partir de entonces fueron amantes. Añadamos que cuando, ya madurito, Dickens trabajó amistad con Collins, un joven alegre, desordenado y licencioso, es decir bastante opuesto de carácter a nuestro autor, salía con él de juerga por las noches, pidiendo a su amigo que le buscara placeres inauditos. Sí, Dickens era un buen victoriano.

... y victoriano

¿Qué era ser victoriano? La época de la reina Victoria fue una época de conformismo optimista y patriótico, basado en principios sacrosantos como el trabajo, el progreso, el deber, la sobriedad y la rectitud moral. No debe creerse que todos los ingleses fueran victorianos, pero muchos, y Dickens el primero, lo fueron incluso sin saberlo ni quererlo. Tradicionalmente, la sociedad inglesa se componía de tres clases distintas y cerradas: la aristocracia, la burguesía y la vasta

clase trabajadora, entre ninguna de las cuales había movimiento ascendente. La revolución industrial alteraría este esquema, pues la riqueza que generaba creaba en el obrero, o en su hijo o en su nieto, la necesidad de ascender en la escala social. Y una vez alcanzada esta nueva altura, el recién llegado trataba de conservarla, observando fiel, escrupulosa, visceralmente los principios y fórmulas que la definían.

La burguesía es teóricamente conservadora, laboriosa, decente, ahorradora, celosa de su honra, devota de la patria, amante de la familia, respetuosa de la religión, y esto es lo que el burguesito de nuevo cuño trata de poner en práctica para sentirse poseedor de tal *status*. A su vez, el viejo burgués que medra y no quiere codearse con los nuevos ricos trata de diferenciarse, repitiendo las fórmulas del aristócrata, remedando al aristócrata, viviendo a lo aristócrata para sentirse uno de ellos. Ésta es la base de la época victoriana y en ella destaca



Dickens y sus editores, en el acto de fundación del periódico liberal The Daily News.

CHARLES DICKENS

como paradigma el dilatado recorrido social de Dickens, con su amor propio herido, sus ansias de superación y sus complejos de rico.

Pero una sociedad encorsetada por tanto principio elevado como acabo de enumerar no puede vivir sin engañarse, necesita liberarse del principio o de sí misma. El victoriano opta por liberarse del principio, pero a escondidas: la sociedad victoriana es una de las más hipócritas que haya conocido la historia. Bajo el relumbrón de la moral, la respetabilidad y la decencia, no hay más que mugre y mentira. Los mal llamados bajos instintos, es decir, lo verdaderamente humano del ser humano, no pueden reprimirse ni reglamentarse ni soslayarse. Aquella sociedad necesitaba liberarse y, entre otras cosas menos inocuas, encontró en la obra de Dickens el placebo que necesitaba. ¿Cómo entender, si no, la irresistible atracción que producía en

aquellos lectores lo macabro, lo pecaminoso y lo criminal de sus personajes más abyectos? ¿Cómo entender el indescriptible morbo con que devoraban aquellas páginas repletas de situaciones extremas, de pasiones aterradoras, de sentimentalismos desgarradores? Necesitaban la catarsis de reír y llorar de sí mismos. Y el hombre Dickens, victoriano a su pesar, también necesitaba liberarse, necesitaba la amistad y la asidua frecuentación de Collins, su antítesis, para deshacerse de aquel personaje bueno, recto, íntegro, que su temperamento y su propia historia le obligaban a representar.

Mas, representado o no, fuera o no por recibir el aplauso público o por genuinos sentimientos de conmiseración, lo que sí es innegable y loable en Dickens es que se atrevió a hablar claramente de muchas cosas que eran tabú, que muchas otras cambiaron en

su país gracias a él, y que muchos contemporáneos suyos se beneficiaron directamente de sus actividades filantrópicas. También en eso fue Dickens un gran victoriano.

Filantropía

¿Fue Dickens un revolucionario? A pesar, o por lo que venimos diciendo, tal vez sería mejor conformarnos con el apelativo de inconformista. Dueño de un poder de comunicación enorme (sus libros y periódicos), se yergue contra las injusticias de la época y contra aquellos que las originan y toleran. Y no se retrae a la hora de criticar a los poderosos, sean quienes fueren. De la religión le basta con la doctrina de Cristo y no acepta Iglesia cristiana alguna. Subraya lo infatigable que es el Papa de Roma en causar problemas al mundo, y sugiere

que los misioneros que van a las colonias harían mejor quedándose a cristianizar a los ingleses. A Enrique VIII lo califica de cerdo real y vergüenza del género humano. Critica a la aristocracia como clase, aunque tiene algunos buenos amigos en ella. Ridiculiza a los políticos, que son unos inútiles. Y censura los enormes gastos que causa la guerra de Crimea, cuando al mismo tiempo 20.000 personas mueren del cólera en Inglaterra por carecer de higiene apropiada.

En 1846, fundó el *Daily News*, donde publicó una serie de tres famosos artículos contra la pena de muerte, en los que demostraba con cifras que la horca no sólo no disuadía al asesino potencial, sino que le incitaba al crimen. Al cabo de tres semanas, abandonó este periódico por diferen-

TO THE PUBLIC.

A very unjustifiable paragraph has appeared in some newspapers, to the effect that I have relinquished the Editorship of this Publication. It is not only unjustifiable because it is wholly untrue, but because it must be either wilfully or negligently untrue, if any respect be due to the explicit terms of my repeatedly-published announcement of the present New Series under my own hand.

CHARLES DICKENS.

Cabecera de la revista semanal All the Year Round, que hasta 1859 se había llamado Household Words.



Caricatura de Dickens cobrando el dinero ganado en sus lecturas en América.



cias con los propietarios, pero su pasión por el periodismo era tan grande que, en cuanto pudo, fundó su propio semanario, *Household Words* (Dichos familiares), que apareció en 1850 y que, tras cambiar de nombre al cabo de nueve años, *All the Year Round* (A lo largo del año), siguió publicándose hasta 1888. Durante los últimos veinte años de su vida tuvo, pues, Dickens en sus manos el instrumento que deseaba, para publicar no sólo sus novelas, sino las de otros, y poesía, y artículos sobre todo tipo de temas actuales sociales y políticos, en los que se criticaba al Parlamento, a la aristocracia inútil, al funcionariado, a la milicia y a la estupidez humana. Y todo esto siguiendo su regla de oro de no aburrir al lector. Enseñar divirtiendo. Las tiradas alcanzaban hasta 300.000 ejemplares, cifra insólita en aquella época, y se sabe que la influencia de Dickens sobre la opinión pública por este medio fue enorme.

En estos semanarios, publicó algunas de sus siguientes novelas, como *Tiempos difíciles* (1854), denuncia de la ideología utilitaria del capitalismo; *Historia de dos ciudades* (1859), situada en tiempos de la Revolución Francesa, y *Grandes esperanzas* (1860-1861), donde se aleja ya de los problemas puramente político-sociales para concentrarse en los del carácter de los personajes. Al mismo tiempo, aparecían en otros medios *Casa desierta* (1852-1853), visión de la decadencia de la nobleza ante el empuje del capitalismo, y *La pequeña Dorrit* (1855-1857), sátira contra la burocracia y la explotación del hombre.

Pero, aunque algunas de estas obras se consideraron propaganda en su tiempo, no debe creerse que lo más importante en ellas sea el tema, sino la galería de personajes que las pueblan y las situaciones en que el autor sabe colocarlos. Su grandeza de escritor reside en esa capacidad genial de

crear mundos tan reales como el que el lector conoce.

Por otra parte, Dickens no era marxista ni revolucionario. Tenía fe en el hombre. No creía que la política fuera útil para el ciudadano y rechazó invitaciones para entrar en el Parlamento, pero creía en la acción directa contra los males de la sociedad. Además de subvenir los gastos de todos sus parientes (incluidas las interminables deudas de su padre o el hacerse cargo de los cinco hijos y la viuda de su hermano), distribuir dinero a gente necesitada y organizar funciones benéficas para las familias de escritores o actores fallecidos, Dickens participaba en una serie de actividades benévolas encaminadas a combatir la miseria de muchos de sus contemporáneos.

Hemos visto que fundó una compañía de teatro, cuyos fondos se destinaban a obras de beneficencia, creó junto con Bulwer-Lytton (el autor de

Los últimos días de Pompeya) una fundación para escritores y artistas necesitados, y administró la fortuna de una amiga rica para la fundación de un asilo de muchachas descarriadas y la construcción de viviendas para los pobres. Él mismo dio lecturas públicas de sus obras para recaudar fondos con fines benéficos. Sus inquietudes por la mejora del mundo que le rodeaba no cesaron nunca, pues su carácter filantrópico le llevaba a desear cambiar la sociedad, regenerarla, limpiarla de la miseria, la ignorancia, la avaricia y la barbarie.

Comediante, tragediante

Digamos que las lecturas públicas fueron con fines benéficos hasta que, en 1858, viendo que ganaba tanto leyendo unas páginas de alguno de sus libros como escribiendo uno nuevo, decidió vivir de las lecturas y realizar al mismo tiempo uno de sus sueños de juventud: ser actor. La crítica posterior se felicita de que Dickens se ha-

llara enfermo el día de su prueba en el teatro de Covent Garden, pues, esto, según se dice, le habría impedido escribir las grandes obras que conocemos. A nadie se le ha ocurrido pensar que seguramente habría escrito otras, para el teatro, no menos geniales y duraderas. En ocasiones, hasta veinte teatros londinenses representaban al mismo tiempo versiones de sus obras, obras tan teatrales en sí mismas por la viveza de sus diálogos y la fuerza de sus descripciones, que puede perfectamente entenderse el éxito que alcanzó declamándolas.

Según testimonios contemporáneos, no eran las suyas meras lecturas, sino auténticas representaciones bien ensayadas, en las que él interpretaba todos los personajes. Su capacidad expresiva era tal, que podía fijar un gesto de la cara para cada personaje, y a cada personaje lo caracterizaba con una voz de acento y tono distintos, con mil matices diferenciadores.

El éxito de las lecturas fue tan grande, que Dickens concentró toda su

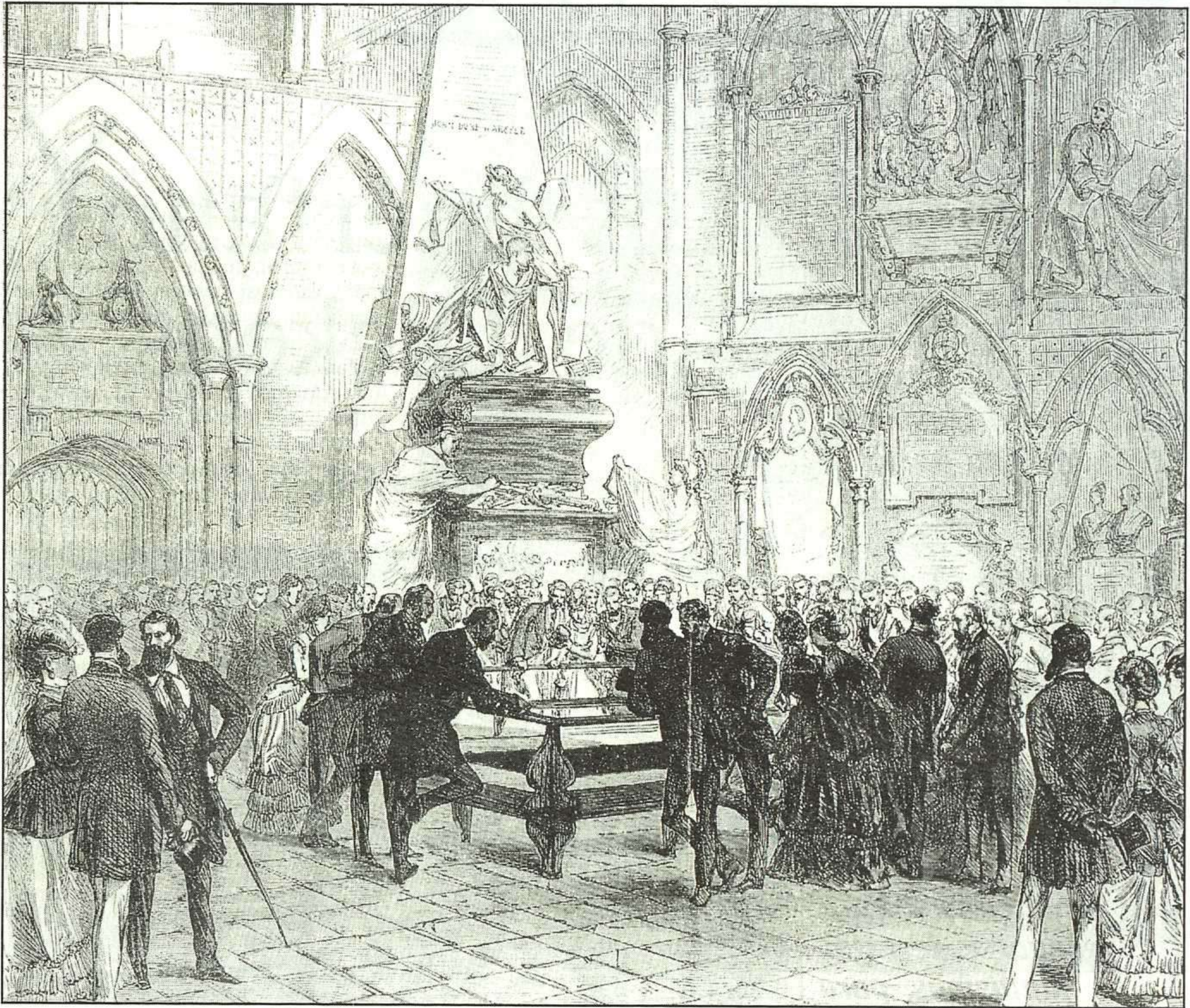
energía en ellas durante los últimos diez años de su vida. Escribió otra novela, *Nuestro amigo mutuo* (1864-1865), y empezó la última, *El misterio de Edwin Drood*, pero se diría que ya no creía en la palabra escrita, sino en la viva, en la que hacía vibrar a sus oyentes ante él. Aclamado en toda Gran Bretaña e Irlanda y solicitado en América, volvió a cruzar el Atlántico en 1867, llegando a cobrar hasta 3.500 dólares (de los de aquel tiempo) por una única lectura ante audiencias de hasta cinco mil espectadores. Cuando regresó a Londres, comprendió que había minado su salud con las lecturas, pues la vehemencia con que interpretaba a sus personajes le llevaba a un paroxismo tan arrebatador, que lo dejaba agotado, y decidió dar una última serie de ellas como despedida.

Por lo general, el programa lo constituían pasajes selectos, conocidos por todo el mundo, sobre todo de *Canción de Navidad* y de *Pickwick*, pero para la última gira decidió concluir el espectáculo con el asesinato de Nancy de *Oliver Twist*, que ya en los ensayos aterrizó a los que lo presenciaron. El esfuerzo del recitante era tal que quedaba exhausto al terminar, sus pulsaciones pasaban de 72 a 124, de modo que hubo de suprimir este último pasaje de su última lectura, la número 423, el 15 de marzo de 1870. Pocos días después, le recibía la Reina que hacía tiempo deseaba entrevistarse con él, y tres meses más tarde, el 9 de junio, moría en su casa de Gad's Hill, cerca de Rochester, aquella mansión de la que su padre le decía de pequeño, cuando pasaban delante de ella: «Si trabajas, algún día podrás comprarla».

Waldo Emerson, que asistió a una de sus lecturas en América, dijo de él «Tiene demasiado talento para su genio». Una niña, hija de un vendedor ambulante, dijo: «¿Y Papá Noel también ha muerto?». Dostoievski diría «Fue mi maestro». En contra de lo que había dispuesto en su testamen-



Retrato de Dickens después de su muerte, realizado por J.E. Millais.



Tumba de Dickens, en el «Rincón de los Poetas», de la Abadía de Westminster.

to, lo enterraron en la Abadía de Westminster y le levantaron monumentos.

Conclusión

Dickens escribió como otros respiran. Espíritu sensible y generoso, absorbía todo lo que sus ojos tocaban, para luego, recompuesto y elaborado, verterlo envuelto en sus dos fórmulas favoritas, el humor y el patetismo. Risa y llanto, las dos claves de su obra. La primera para denunciar al personaje, ponerlo en evidencia, mostrar lo ridículo de su actitud, y divertir al mismo tiempo al lector; el segundo para conmoverlo, hacerle sentir, ha-

cerle simpatizar con el que sufre. Dickens había sufrido mucho, de niño en la fábrica de betún, de joven a causa del rechazo de María, y estas dos vivencias se convirtieron en temas recurrentes en su vasta obra. Desposeído, humillado, se identifica con quienes no tienen nada y sufren, tratando de equilibrar la balanza: recompensar a quienes no tienen nada con algo de felicidad.

Aunque este elemento reivindicativo, socializante, redentorista es para él insoslayable, en el fondo esto no es lo importante en su obra, por mucho que lo fuera, y de hecho lo fue, en su tiempo. Lo verdaderamente importante es que al contarnos la triste vida de

Oliver, de David, de Nell, de Nicholas y de otros tantos huérfanos desgraciados, hundiéndose a veces en el melodrama más blandengue y lacrimógeno, pero elevándose a menudo al patetismo más irresistible y sublime, Dickens nos agita, nos convence, nos hace sentir que estamos vivos y que reaccionamos a la magistral combinación de sus palabras. Eso es literatura. Poesía. Por eso pudo decir de él Stefan Zweig: «Fue el primero que tejó en red poética los hilos de la vida diaria de la más antipoética de las naciones». ■

* Pollux Hernández es traductor y escritor.